

Cuando queremos que gane el villano

House of cards

Recuerdo el primer día que vi House of Cards, y nunca me quitaré de la cabeza la imagen de Kevin Spacey reunido con otra persona, y dirigiéndose en mitad de la conversación al espectador. Poniéndonos sobre aviso de lo que en unos segundos iba a ocurrir. Para mí, es la imagen que mejor define la serie, un aviso inicial a navegantes de en qué se iba a basar toda esta historia salpicada de estratagemas, manipulación y cinismo.

Una oda al maquiavelismo más puro, donde el fin, además de justificar los medios, en el caso del congresista estadounidense Frank J. Underwood, los cocina cual chef que juega con los ingredientes de una frugal mesa. Un día nos muestra un suflé de erótica del poder, otro día nos enseña a cocinar a fuego lento un buen caldo de traición. O de repente se desefunda el delantal y se viste el mono de fontanero para limpiar las cañerías del Partido Demócrata.

Incluso para un consultor, como el que escribe estas palabras, no deja de sorprender y asustar ver cómo se persigue, se fabrica, se gana, se maneja, y se pierde el poder. Cómo llegado un punto, constantemente se cruzan Rubicones en esta apasionante serie que hace que me pregunte: ¿Qué pasaría si un buen día me cruzase en mi vida con un Frank Underwood?, ¿Se me pone la piel de gallina solo de pensarlo!, ¿Sería un títere más?, ¿O me daría cuenta de las cuerdas que, cual marioneta, dirigirían mis movimientos?



Y tú como ciudadano ¿No te cuestionas cuántos Frank Underwood hay en la política?, ¿En las empresas?, ¿En los sindicatos?, ¿En la Iglesia, en la calle, en tu familia???

Es por tanto, una serie sobre el poder, la traición, y la venganza. Con una trama que no cogería por sorpresa al mismo Sófocles. Pero que nos cautiva a través de esa misteriosa sociedad, llamada matrimonio, entre el congresista y su esposa Claire. Es sin duda, el nudo gordiano de la serie, que logra que puedas quererlos de una forma odiosa. Es como ver la típica película del héroe luchando contra la adversidad, y desear que el villano gane. Es como desear que el caballo del malo por una vez sea más rápido que el del bueno. O que llegues a justificar al cazador que mata a la madre de Bambi. Lo sé, aquí me he venido arriba.

Santiago Martínez es consultor político y media trainer. Escribe en [Oratoria profesional](#) y en su [blog](#). [@nonetsic](#)